EL DR. FIGUEREDO SALVÓ LA VIDA

DE ANTONIO MACEO

La estrecha amistad, la intimidad existente y el mutuo respeto que existía entre el General Maceo y el Dr. Figueredo, así como la amplia comprensión de los hombres que integraron el Gobierno de la República en Armas en marzo de 1878, salvaron para la patria un gran soldado, a Antonio Maceo y Grajales.

Pero de manera fundamental si no llega a ser por la visión de futuro que tenía el Dr. Félix Figueredo se pierde uno de los mejores capitanes de la rebeldía cubana. El médico de Jiguaní que alcanzó grandes lauros durante la Guerra de los Diez Años, también merece en justicia como colofón meritísimo tener en cuenta su última acción, salvándole la vida al General Maceo, precisamente en aquellos momentos de incertidumbre, de descontento, de presentaciones, luchando con un ejército superior.

En esta situación crítica de las fuerzas libertadoras cubanas, no le quedaba otro camino a los jefes de la misma de pelear a costa de su propia existencia.

«Era evidente —como afirma la escritora Loló de la Torriente— -que el General Antonio Maceo estaba regalando su vida y ¿acaso de las raíces de esta guerra no nacería otra como había advertido un jefe •español?»[287]

Una salida honrosa del campo de la Revolución para regresar más tarde, en 1895, con más experiencia bélica y reanudar la extraordinaria lucha por la independencia de Cuba, que no se pudo conquistar en la llamada «Guerra Grande», pero que dejó sembrada la semilla que después dio sus frutos.

La historia le ha regateado este mérito al Dr. Félix Figueredo, pero ahora en este período de análisis y revalorización histórica debemos ser justicieros y anotar el hecho excepcional de lo que significó para Cuba

---

[287] Torriente, Loló de la. «Bohemia'.» Año 61, No. 45. 7 de noviembre de J969, p. 101.

la comisión que le dio el Gobierno de la República en Armas a Maceo en su viaje a Jamaica.

Si en la Guerra de los Diez Años, Cuba no logró su independencia,, por causas que nosotros no vamos a analizar en estos momentos, sí la obtuvo en la Guerra de 1895, donde la figura de Antonio Maceo se engrandeció en grado sumo, ganando batallas tras batallas, iniciando el plan de invasión desde los Mangos de Baraguá, en Oriente, hasta Pinar del Río, salvando cuantos obstáculos trató de ponerle el enemigo, llenándose de lauros para caer gloriosamente en San Pedro.

La presencia del mártir de Punta Brava en 1895 se debe fundamentalmente a su gran amor a Cuba, a sus anhelos de independencia patria, a sus deseos de libertad absoluta, pero también se debe a la perspectiva del Dr. Félix Figueredo y Díaz, que en el momento más difícil' de la Guerra de los Diez Años, logró sacar a Maceo de la manigua sin una transacción vergonzosa o un fin trágico que se vislumbraba: rendición o muerte.

Fue Félix Figueredo quien ideó la única salida posible de aquella encrucijada; comisionado por el Gobierno para que fuera al extranjero en busca de apoyo para la Revolución.

Gracias a ello, fue Maceo en 1895 el hombre de acción indiscutible que con Máximo Gómez y Calixto García dirigieron las huestes revolucionarias cubanas hacia la victoria.

Este hecho hay que anotárselo a Félix Figueredo.

El 3 de mayo de 1878 se decidió el Dr. Félix Figueredo a dar un paso ariresgado al plantear al Gobierno de la República en Armas la necesidad absoluta de salvar al General Maceo, ya que con su acción previsora se evitaba una solución trágica que era: aceptar el Pacto del Zanjón, rechazado de antemano con la enérgica Protesta de Baraguá, condición que el General Maceo, dado su carácter de caudillo de aquel movimiento no aceptaría; una presentación a los españoles mucho menos,, ni siquiera caer prisionero, antes morir peleando. Así es que el cuadro que ofrecía era tétrico. Las noticias de la emigración eran negativas. Los dirigentes en el exterior habían renunciado.

Ante esta circunstancia, pero con fe absoluta en sí mismo, el Dr.. Félix Figueredo, antes que nada, consultó a Maceo con estas palabras, sin anunciarle sus planes ni sus propósitos:

—«General, ¿usted mantiene como siempre su fidelidad al Gobierno de la República en Armas y cumplirá cualquier disposición que éste ordene?

Maceo le responde afirmativamente y como pocos días antes había tenido una conversación un tanto exaltada sobre la forma que se llevaba la guerra, no le dio importancia a la pregunta.

El Gobierno de la Revolución se reúne con el Dr. Figueredo y éste comienza a leer su exposición con las razones que tenía para que se dispusiese la salida de Maceo del territorio cubano con una comisión de servicio. Pero no pudo continuar la sesión, una columna española atacó fuertemente a las tropas cubanas que escoltaban al Gobierno.

«A duros esfuerzos —dice Fernando Figueredo Socarrás— pudieron reunirse algunos hombres que defendieran la retirada de lo que ya era una gran impedimenta. Por fin se escuchó al Dr. Figueredo, cuyas palabras envolvía la salvación del General Maceo con una comisión al extranjero en solicitud de recursos. Los miembros del Gobierno aceptaron la indicación con reserva: por egoísmo quizás, se resolvió negativamente al principio; pues asidos todos de aquella tabla, era natural que todos nos hundiéramos con ella o con ella todos nos salváramos. Sin embargo, tratado el asunto ante la fría razón, se comprendió la necesidad de que quedara alguien en aquel fenomenal combate ileso y apto para volver a enarbolar, sin compromiso de ninguna clase, la bandera de la Revolución. El Brigadier Mármol, miembro del Gobierno, dijo:

»—No es dudoso que si nosotros sacamos al General Maceo, aceptando la manifestación, el fin de nuestra extenuada lucha se precipite, pero dada la convicción que tenemos de que no habrá quien nos auxilie pronto y eficazmente y que la Revolución morirá de la peor de las muertes, la consunción, opto porque corramos el riesgo de mandarlo, que quizás, poniéndose él al frente de un movimiento en el extranjero, consigamos elementos nuevos, llenos de ardor y de bríos patrióticos, que nos salven de la segura muerte que nos amenaza o que nos reemplace si ya hubiéramos desaparecido.»

El Gobierno —continúa Fernando Figueredo— conferenció con el General Maceo, quien se limitó a decir:

—«Obedeceré cualquier orden del Gobierno siempre que éste se comprometa conmigo, caso de que abandone el campo, a esperar mi vuelta y a no capitular sin que yo haya expuesto la situación y las esperanzas que para la continuación de la lucha nos ofrezcan las emigraciones.»

Terminadas las conferencias, el Gobierno acordó:

1. Enviar al General Maceo en calidad de comisionado al extranjero, con objeto de obtener los recursos que, según noticias, se prepara en los Estados Unidos y Jamaica para levantar la Revolución.

2. El General Maceo se hará cargo de dichos recursos y volverá inmediatamente al campo de la Revolución.

3. El Gobierno Provisional, ya en cuerpo, o los individuos que lo componen en particular, se comprometen a aguardar al General Maceo en los campos de Cuba, a menos que el pueblo no resuelva hacer la paz, de acuerdo con nuestras reglas constitutivas, en cuyo caso se disolverá después de arreglar lo conducente a la capitulación de las fuerzas.

4. El General Maceo se compromete a poner un correo en la residencia del Gobierno dentro de los treinta primeros días de su ausencia informando las probabilidades que tenga de auxiliar a la Revolución que deja agonizando.[288]

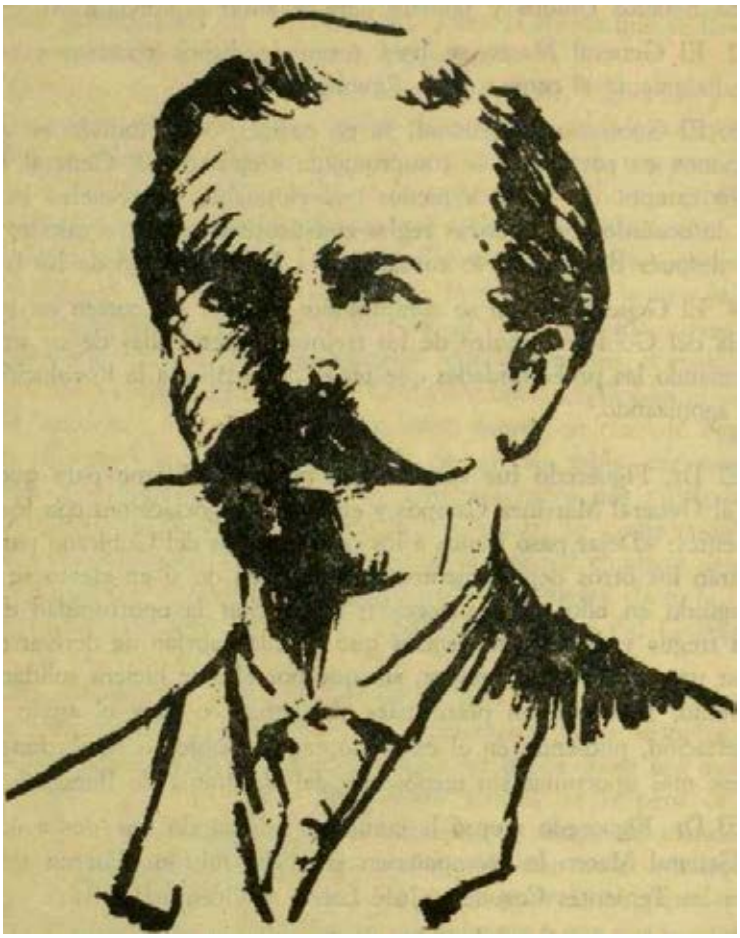
El Dr. Figueredo fue comisionado por el Gobierno para que visitara al General Martínez Campos y entablara negociaciones con los fines siguientes: «Dejar paso franco a los comisionados del Gobierno para que recorran los otros departamentos e informasen de si en efecto se había extinguido en ellos la insurrección; aprovechar la oportunidad de una corta tregua y de las conferencias que de ella habrían de derivarse para enviar una comisión a Jamaica, sin que por ello se hiciera solidaria del Convenio, fijándole un plazo para su regreso o para el envío de su contestación, pudiendo en el caso adoptar el Gobierno resoluciones que creyese más oportunas sin menoscabo del Programa de Baraguá».[289]

El Dr. Figueredo aceptó la comisión solicitando que dos ayudantes del General Maceo lo acompañasen en dicha misión. Fueron seleccionados los Tenientes Coroneles José Lacret y Vicente Pujáis.

De estos acuerdos del Gobierno Provisional se notificó inmediatamente al General en Jefe Mayor General Vicente García.

Parece que los temores del Dr. Figueredo se cumplían. Él temía por la muerte de Maceo, más bien por su arrojo, por su valor, por su

[288] Figueredo Socarras, Fernando. «La Revolución de Yara.» Instituto del Libro. La Habana. 1968, pp. 286-287.
[289] Figueredo, Félix. Obra citada, p. 317.



Dr. Félix Figuercdo. (Dibujo de Xiomara. Cortesía de Bohemia.)

heroísmo y por no ceder jamás a las bases del Convenio del Zanjón ni a pactar con el enemigo, pero nunca pensó que algunos de sus hombres lo traicionara. ¡Qué razón tenía al gestionar su salida de la Isla de Cuba! Ya los españoles preparaban una emboscada para hacer prisionero a Maceo y como una ironía de la vida el General Martínez Campos estuvo a punto de caer prisionero del Brigadier José Maceo y gracias a la presencia del Dr. Félix Figueredo no se realizó este hecho.

Pero algo más tranquilizado con el acuerdo adoptado por el Gobierno Provisional, se prestó a servir de comisionado para arreglar la salida de Maceo hacia Jamaica en forma digna y sin aceptar el Pacto del Zanjón.

Dejemos al propio Félix Figueredo que nos cuente este hecho que ni Fernando Figueredo relató en «La Revolución de Yara» ni los otros biógrafos de Maceo y que los distintos historiadores de la Guerra de los Diez Años han omitido o citado muy brevemente, pero nosotros le damos una importancia vital, ya que viene a confirmar los temores del médico y amigo de Maceo.

«Salió el Dr. Figueredo y los acompañantes que había elegido en la madrugada del 27 de abril, agregándoseles el Comandante Antonio Soria y el Alférez Libiza, que desde Mayarí debían seguir para Holguín, y al descender por las laderas de Barigua, descubrieron sin ser vistos, una guarida española, que a pie firme y bayoneta calada ocupaba la vereda y curso del río. Hizo alto la comisión, despachando un número para que avisase al General Maceo la situación del enemigo, avanzando después hacia la mencionada guardia, que quedaba en la opuesta ribera, mostrándole un trapo blanco, hasta que apareció un cabo con orden de llevarlos a la presencia del jefe de aquellas fuerzas el Teniente Coronel Don Francisco Nieto y Márquez, quien, después de acoger con la mayor cortesía, manifestó que esperaba la tropa terminase el desayuno para hacerla avanzar por ambas márgenes y dar la acometida, apoyado por el Teniente Coronel Morera que a aquellas horas debía hallarse en las alturas. Expresó el Sr. Nieto su satisfacción por conocer personalmente a los comisionados y por el objeto que allí les llevaba, añadiendo que sabía a punto fijo el lugar en que se hallaba el Gobierno Provisional y el General Maceo,

y para demostrar su aserto ordenó a un oficial que hiciese comparecer al práctico negro que lo guiaba, para que ratificase sus noticias. Apareció con la cabeza baja, aparentando rubor: era el negro Bausa, hombre de toda la- confianza del General Maceo, que veinte y cuatro horas antes había salido a cumplir un encargo de su jefe.

»La traición de aquel judas negro, con lo demás que venía sucediendo, era suficiente para que se tratase de salir cuanto antes de aquella pesada atmósfera política que ya era irrespirable.

»El oportuno aviso del Dr. Figueredo al General Maceo, hizo que éste estuviese sobre aviso, para evitar el ataque por sorpresa de la columna del Sr. Nieto, aunque éste, según se supo luego, para no interrumpir las nuevas negociaciones, mandó a los guías cambiar de rumbo.

»La comisión escoltada por diez soldados españoles al mando de un sargento, descendió al llano, hallándose en el camino de Mayarí a Miranda. Una columna volante al mando del Coronel Don Federico Ochando con el que siguieron al campamento de Bío arriba, donde fueron obsequiados con café por el Comandante D. Matías Padilla, y los asistentes negros de los comisionados por la tropa, con galletas, azúcar y tabaco, amén de abrazos y cordiales apretones de manos. Siguió la comisión con la columna del Sr. Ochando haciendo alto en el campamento de Miranda, donde almorzaron, pasando un telegrama a San Luis al General Sr. Martínez Campos, quien ordenó se dispusiesen monturas para que los comisionados marchasen con más rapidez, acompañándolos el Sr. Ochando y dirigiéndose al ingenio "La Caridad", en unión de su médico el Dr. Ledesma, el Coronel Arderius y sus ayudantes de campo, para salir, como lo hizo, al encuentro de aquellos mensajeros.

»Comenzada la conferencia con el Dr. Figueredo, ya porque no vio la aceptación del Convenio, o porque le aquejaba un fuerte dolor de muelas, después de treinta minutos de conversación, el General Martínez Campos, determinó suspender la conferencia, trasladándose al ingenio de D. Antonio Norma, donde más tarde se reanudó aquélla, accediendo a todas las indicaciones y quedando, por consiguiente, terminados los preliminares a satisfacción de los comisionados.

»El Dr. Figueredo, sin separarse un ápice de las instrucciones que recibiera, acompañó al General Martínez Campos hasta el Cristo, donde debía recibir del Jefe español una carta para el Presidente del Gobierno Provisional. Los señores Lacret y Pujáis siguieron a la ciudad a visitar a sus deudos volviendo el Dr. Figueredo al río Barigua a dar cuenta al Gobierno y

a Maceo de sus gestiones, que ambos aprobaron, ordenándoles que volviese a parlamentar con instrucciones más amplias, lo que verificó seguidamente, hallándose el General Martínez Campos mejor
dispuesto, y celebrando posteriormente cuantas entrevistas fueron necesarias. En la segunda conferencia el Teniente Coronel Vicente Pujáis y el Capitán Sauvanel, ya autorizados, salieron del puerto de Santiago de Cuba para desembarcar en el lugar más adecuado de las Villas, con objeto de cerciorarse de que si aquel territorio estaba completamente pacificado».[4]

El Dr. Félix Figueredo continúa su relato con la posibilidad que tuvo el Coronel José Maceo de hacer prisionero o matar al General español Arsenio Martínez Campos, cuando él se encontraba reunido con dicho militar en el Cristo, tratando a nombre del Gobierno Provisional y del propio Maceo sobre las negociaciones que se habían acordado.

Pero dejemos que sea el propio doctor Figueredo quien cuente lo sucedido: «Durante la última campaña, el General Martínez Campos no tenía punto fijo, ya por las operaciones que dirigía con extraordinaria actividad, por las frecuentes visitas a los campamentos diseminados en las zonas militares, por la atención que creía deber dispensar a sus inmediatos subalternos y a la gente del campo; y embebido en su sistema de operar con rapidez, confiado hasta la temeridad cuando se movía de un punto a otro, recorriendo distancias sin ningún recelo, a veces iba convenientemente escoltado, y a veces casi solo en medio de los mayores peligros. Cuando estuvo a punto de suceder lo que vamos a referir, el General Campos habitaba una casita aislada de la propiedad de Don Manuel de la Torre y Griñán, situada junto a la estación del Ferrocarril del Cristo, teniendo por únicos compañeros el Coronel Arderius, al Dr. Figueredo y un criado, y aunque la casa tenía al lado una pequeña torre de madera para la defensa de la vecina estación, no albergaba defensores por no considerarse necesarios en aquella sazón.

»El Coronel José Maceo, después que marchó del campamento de la Sierra para ir a operar por su cuenta, llevando consigo, como antes se ha dicho, 40 hombres, ignoraba en absoluto cuanto venía ocurriendo desde su partida. Tras muchos días de correrías por las zonas ocupadas por el enemigo, decidió penetrar en la zona preferida por las tropas cubanas, donde podía adquirir noticias del Gobierno Provisional y de su hermano el General, para poder reunírsele después; pero como al propio tiempo quisiese cumplir el encargo que recibió al partir de dar un golpe de efecto, al caer la noche del día escogido para el caso, fue aproximándole cautelosamente hacia las últimas casas de Songo, distante una legua del Cristo, para recoger informes

de sus confidentes y esperar allí la media noche, hora que debía entrar en el caserío del Cristo para arrasar con cuanto se le pusiese delante y le viniese en antojo, lo que nada tenía de difícil, porque además del excesivo valor y temeridad que le caracterizaba, en el mismo grado que a sus demás hermanos, como éstos había crecido en San Luis, y trabajando en las fincas vecinas, conocía toda la comarca palmo a palmo. Llegado que hubo a Songo, uno de los confidentes, español, dueño de un establecimiento y compadre suyo, le dice que en la mañana de aquel día había visto en el Cristo al General Martínez Campos junto a un médico insurrecto de apellido Figueredo, y que según el rumor público, lo había enviado su hermano el General Antonio Maceo para que ultimara el arreglo de la paz, lo que no dudaba porque también había visto otros insurrectos seguir en el tren para Cuba. Ante estas sorprendentes nuevas, el Coronel Maceo desiste de su proyecto, deja en paz el vecindario del Cristo y se lanza sobre el poblado de Dos Caminos, en donde arrasa todo lo que halla a su paso, haciendo prisionero al Comandante de Armas, que luego dejó en libertad, retirándose sin sufrir bajas ni ser perseguido en su rapidísima marcha hacia Barigua.

»Al día siguiente por la mañana, enterado el General Martínez Campos de lo ocurrido por los partes y telegramas, al salir el Dr. Figueredo al portal de la casita que habitaban, le dijo así: —Anoche me han asaltado a Dos Caminos, sin que tenga que lamentar incendio ni muertes; y en aquellos mangos que V. ve en aquella colina —distarían unos 300 metros— también han estado los insurrectos. Si hubieran querido descender y llegar hasta nosotros hubiera tenido que defenderme con mi espada.

»Como el Dr. Figueredo nada sabía, nada pudo contestar, pero sin aguardar el regreso de sus compañeros, partió en el primer tren que cruzó por San Luis, dirigiéndose a Miranda acompañado de dos ginetes españoles, a los que abandonó para seguir a Barigua, donde llegó en las primeras horas de la tarde. Apenas echó pie a tierra en el campamento cubano, salió a su encuentro el Coronel José Maceo, invitándole a comer arroz con gallinas de las cogidas por sus hombres en Dos Caminos, y al empezar la comida, le dijo el Coronel Maceo en tono de zumba:

—Vamos a ver mi amigo D. Félix. ¿Qué hubiera V. hecho anoche si yo en vez de atacar a Dos Caminos, hubiera caído en el Cristo para traerme prisionero a su nuevo amigo el General Martínez Campos?

—¡Caramba, Coronel! La pregunta tiene más espinas que una mata de corojo —le contestó Figueredo— ¿Qué hubiera podido hacer? En la misma casa, antes de salir para el monte, hubiera intercedido con todas mis fuerzas y a no lograr nada por el derecho que le asistía a V. ignorando lo que venía ocurriendo y no estar suspendidas las hostilidades ni las operaciones en aquella zona, no hubiera tenido otro recurso que escribir una protesta de inocencia, que conmigo firmaría el Gobierno y su hermano Antonio, y después, quizás la resolución que hubiese tenido que adoptar para que nadie pudiese sospechar una felonía.

—Lo que es ahora amigo doctor —añadió José Maceo —puede V. comer tranquilo, pero crea de buena fe que a no haber estado V. en el Cristo con instrucciones del Gobierno, según me informó mi compadre el bodeguero de Songo, ¡quién sabe todo lo que pude haber hecho!»

Termina el Dr. Félix Figueredo esta narración afirmando: «he aquí por qué hemos dicho que la diosa Fortuna vela asiduamente por el destino de sus elegidos».[3]

He aquí unos hechos aislados de cierta similitud. Los españoles por denuncia de un hombre de confianza de Antonio Maceo, preparaban el asalto al Cuartel General del Gobierno de la República en Armas y sede de las fuerzas del General Maceo; por otro lado, cuando el Dr. Félix Figueredo estaba conferenciando con el General Martínez Campos cumpliendo una misión oficial —de tanta trascendencia— como era la salida del General Maceo del territorio nacional, el Coronel José Maceo, que actuaba por la libre y no estaba en contacto con las actuaciones del Gobierno —cosa muy frecuente en la Guerra de los Diez Años—, tuvo la oportunidad de atacar la casa donde estaba el General Martínez Campos y hacerlo prisionero, debido al número exiguo de tropas que contaba.

La *Diosa Fortuna* —como afirma el Dr. Figueredo— fue la que actuó en ambos casos: primero la casualidad de la llegada de los comisionados cubanos al campamento español cuando se preparaban para el ataque y después la confidencia a José Maceo, de que el Dr. Figueredo estaba con el General Martínez Campos. Pero por sobre todo hay que anotar, primero el oportuno aviso del Dr. Figueredo al General Maceo de la proximidad de las tropas españolas al campamento de Barigua y la necesidad de que se preparara para resistir un fiero ataque que se planeaba hacerle y por otro lado, la agilidad mental del Coronel José Maceo, al

[5] Figueredo, Félix. Manuscrito citado.

enterarse de la presencia del Dr. Figueredo en la sede del General Martínez Campos, tratando asuntos del Gobierno lo hizo variar en sus planes.

Todo ello propendió en la salvación de la vida de Maceo, sin duda alguna. Si bien es verdad que el ataque de las fuerzas españolas al campamento de Maceo no tenía posibilidades de triunfo alguno, debido a que ya el General estaba sobre aviso y en el otro caso, de haberse capturado por las fuerzas cubanas el General Martínez Campos éste hubiera sido puesto en libertad inmediatamente por su hermano el General Antonio Maceo, quien siempre dio pruebas de hidalguía en todo el transcurso de la Revolución.